

Presentación del tema

Cuando el Concilio Vaticano II se refiere a María, la Madre del Señor, ensalzada sobre los ángeles y los hombres, afirma que es «justamente honrada por la Iglesia con un culto especial. Y... desde los tiempos más antiguos la Santísima Virgen es venerada con el título de Madre de Dios». Prosigue recordando que, a partir del Concilio de Éfeso,

«ha crecido maravillosamente el culto del Pueblo de Dios hacia María en veneración y en amor, en invocación e imitación, de acuerdo con las palabras proféticas: Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso (Lc 1, 48-49)» [1].

Juan Pablo II, en su encíclica *Redemptoris Mater*, enseña que la vida cristiana, que se manifiesta en donación y entrega a María como respuesta confiada a su amor de Madre, es la dimensión mariana de un discípulo de Cristo [2]. Con esta expresión se manifiesta que esa entrega a la Virgen se hace presente de un modo constante y permanente, como espiritualidad mariana, testimoniada en la devoción y en el culto. Y es un signo de la piedad o relación filial que con María le une.

Cuando se quiere profundizar en el mejor conocimiento de lo que es en verdad el culto mariano, es preciso recordar que constituye una forma de veneración a la Virgen que proviene

«de raíces profundas en la Palabra revelada y de sólidos fundamentos dogmáticos» [3].

Consecuencia lógica de la verdadera fe de la Iglesia, el culto mariano se manifiesta a lo largo del tiempo como devoción a María, la Madre del Señor y una de las expresiones generalizadas del culto con que el pueblo creyente expresa a Dios su gratitud y alabanza.

De ese culto que la Iglesia tributa a la Virgen puede afirmarse, al igual que de la devoción mariana, que se refiere siempre al Señor que en María se hace presente como en «una Verónica viviente» que lo recuerda. Ya que ella es «la imagen que reproduce a Cristo en el corazón humano y la refleja haciéndola perceptible en la contemplación del corazón» [4].

Basado en la enseñanza de la Sagrada Escritura, el culto mariano manifiesta y refleja una forma de piedad y devoción a la Madre del Señor que ayuda a avanzar por el «itinerario de la fe», siguiendo el ejemplo y los pasos de María.

Las enseñanzas del Vaticano II marcan las líneas precisas que ha de seguir el culto mariano y de cuanto es y significa en la vida de la Iglesia. Cristo, que está en ella siempre presente, asocia consigo de modo permanente a su Iglesia para que Dios sea glorificado y santificados los hombres. Lo que realiza de un modo particular, cuando en la acción litúrgica asocia consigo a su esposa la Iglesia, que

El culto a la Virgen, santa María

Publicado: Domingo, 30 Marzo 2025 10:26

Escrito por Gaspar Calvo Moralejo

«invoca a su Señor y por Él tributa culto al Padre Eterno» [5].

En este culto de la Iglesia, afirma el mismo Concilio en otro momento, María «es justamente honrada con un culto especial» [6], que siempre ha existido y que justa y merecidamente se llama cristiano. Manifiesta

«que el culto a la bienaventurada Virgen María tiene su razón última en el designio insondable y libre de Dios, el cual siendo caridad (1Jn 4, 7-8), lleva a cabo todo según un designio de amor: la amó, y obró en ella maravillas (Lc 1, 49); la amó por sí mismo, la amó por nosotros; se la dio a sí mismo y la dio a nosotros» [7].

La palabra culto, por otra parte, expresa la forma en que se manifiesta la virtud de la religión, por la que el hombre testimonia y reconoce la grandeza de Dios, su dominio y soberanía sobre todo cuanto existe, y la relación personal que une con Él al mismo hombre. Dicho reconocimiento, interior, vital por parte de la persona humana también se proyecta externamente mediante signos y palabras que están relacionados íntimamente con la diversidad de culturas en las que cada pueblo se expresa y que forman parte y constituyen una de sus peculiaridades distintivas.

Cuando con independencia de la cultura particular que refleje, este culto se denomina «cristiano», añade una característica que fundamentalmente lo distingue de las otras manifestaciones culturales y que lo vincula con todo el culto llamado cristiano, ya que centra esta relación trascendente del hombre con el Ser divino en el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ef 1, 3). Es decir, el Dios Uno y Trino que el mismo Jesús nos ha dado a conocer con su vida y su Evangelio y nos enseña a llamarlo «Padre».

Objeto de este culto, por tanto, por su unidad indisoluble con Dios Padre, lo serán también Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, las tres personas de la Trinidad Santa. Dios Hijo es el Verbo Humanado, el Hijo único del Padre, hecho hombre y nacido de la Virgen María, como se proclama en el Credo. La unión entre la Persona divina del Verbo y la naturaleza humana que asume se denomina hipostática. Y en ese nombre de unión hipostática se expresa la existencia de la Persona divina en la naturaleza humana, en una unidad perfecta e indefinible por el hombre. Esta Persona, en la unidad de su doble naturaleza, es Jesucristo. Su condición humana adquiere la excelencia divina propia de la divinidad del Verbo, que se le comunica. Y por esa divinidad es objeto de nuestra adoración y culto.

Al verificarse la admirable unión hipostática, según explica la M. María de Jesús de Ágreda, sobre la humanidad asumida por el Verbo, enriquecida con la abundancia de dones y gracias en la plenitud posible, irrumpe sobre ella el río de la divinidad que la embebe y deifica, en cuanto la limitada condición humana de su cuerpo y alma lo permite. Y sin confundirse entre sí las dos naturalezas se manifiestan como realidad existente en la unidad de la Persona, que es Jesucristo [8].

La condición o naturaleza humana asumida por Cristo Jesús adquiere, por consiguiente, la excelencia divina propia de la Segunda Persona de la Trinidad, que se la comunica. Y es, por eso, objeto y término directo de nuestro acto de culto a Dios, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, que se denomina con el nombre de adoración. De ahí que nuestro culto de adoración a Dios, Uno y Trino, es el culto cristiano. Pablo VI da la explicación cuando afirma:

«porque en Cristo tiene su origen y eficacia, en Cristo halla plena expresión y por medio de Cristo conduce en el Espíritu al Padre» [9].

Ya el Concilio Vaticano II había también enseñado que

«en Cristo Jesús se nos dio la plenitud del culto divino» [10].

Historia de la salvación y liturgia

La excelencia del misterio de Cristo o historia de la salvación (SC 35) encuentra su cumbre admirable en la celebración del misterio Pascual (Fides et Ratio, n. 66), particularmente representado por su pasión, muerte y Resurrección, que en el Triduo Pascual todos los años se conmemora. Hay que recordar que es Cristo, único y eterno sacerdote, el elemento constitutivo de la liturgia, que la Iglesia vive con intensidad y pregona particularmente a través de las celebraciones litúrgicas, ya que este es el culto propio de la Iglesia [11]. Y la misa es su centro y el culmen de toda la vida cristiana (SC 30). En el Canon romano se proclama solemnemente que la Iglesia, después de adorar a la Trinidad Santa, venera, ante todo, a la bienaventurada Virgen María.

Para una comprensión clara de estas palabras basta recordar la enseñanza del Concilio Vaticano II que afirma: en la celebración que durante todo el año la Santa Iglesia realiza de los misterios de Cristo,

«venera con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo» [12].

El mismo Concilio, (LG 66), iluminará la comprensión de ese porqué del culto a la Virgen, cuando afirma:

«María, ensalzada, por gracia de Dios, después de su Hijo, por encima de todos los ángeles y de todos los hombres, por ser Madre santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial» [13].

De este culto especial a la Virgen, enseña Pablo VI,

«es un elemento cualificador de la genuina piedad de la Iglesia» [14].

Y por cuanto esa piedad mariana de la Iglesia, dirá en otro momento, se integra en la misma realidad de su vida litúrgica,

«es un elemento intrínseco del culto cristiano» [15].

Culto y piedad mariana, por consiguiente, manifiestan la veneración a María y el reconocimiento incesante a quien es la verdadera Madre de Dios (LG 53) y de los hombres. Por eso en él se hace presente la adoración a Dios, nuestro Padre.

Las palabras poco antes transcritas del Concilio ofrecen la explicación precisa para conocer el porqué de ese culto especial, inferior al que a Dios se debe, llamado latría y superior al que a los ángeles y santos se les tributa. Y no es otra que la benevolencia divina que ha escogido a la Virgen Nazarena para ser la Madre del Verbo divino, que se hace hombre en sus virginales entrañas.

Pablo VI, como ya se ha recordado, propone que la razón última, clarificadora de dicho culto se encuentra

«en el designio insondable y libre de Dios, el cual, siendo caridad eterna y divina (1Jn 4, 7-8.16), lleva a cabo todo según un designio de amor: la amó y obró en ella maravillas (Lc 1, 49); la amó por sí mismo, la amó por nosotros; se la dio a sí mismo y la dio a nosotros» [16].

La divina Maternidad confiere a María una excelencia o dignidad incomparable por la «afinidad» que entre ellos se establece y la une con las Tres divinas Personas de la Trinidad Santa. Porque Ella es la morada de Dios, la Hija predilecta del Padre, la Madre del Verbo humanado en sus virginales entrañas, la «Esposa» o Sagrario del Espíritu Santo (LG 53). Por eso está elevada «por encima de todos los ángeles y de todos los hombres». Y por eso también, a Ella le corresponde una veneración especial en el culto cristiano (LG 66).

Por otra parte, este culto y veneración especial, siempre creciente, con el que la Iglesia honra a María, no se confunde, en modo alguno, con el culto exclusivo que a Dios se le debe. Se diferencian esencialmente. Baste recordar que a Dios se le da culto y adoración por sí mismo, por ser quien es, propter magnam gloriam tuam, como se dice en el «Gloria». Mientras que, a María, tan sólo se la venera por la singular relación que con Dios la une, al ser la verdadera Madre de Dios Hijo.

Y aunque el culto a la Virgen es esencialmente diferente, como se ha dicho, del culto que a Dios se le tributa, del culto a la Virgen depende en parte, pues lo favorece de un modo especial. Todas las formas de culto mariano queridas por la Iglesia o por ella autorizadas

«hacen que al ser honrada la madre, el Hijo, por razón del cual son hechas todas las cosas (Col 1, 15-16) y en el que plugo al Padre eterno que habitara toda la plenitud (Col 1, 19) sea mejor conocido, amado, glorificado, y que, a la vez, sean mejor cumplidos los mandamientos» [17].

Y como María fomenta la unión inmediata de todos los creyentes con Cristo (LG 60) en el culto filial que a Ella le tributa la Iglesia los creyentes hallamos en Ella la puerta abierta que facilita nuestro encuentro con el Hijo bendito de quien también es nuestra Madre.

Puede ahora recordarse aquella respuesta que Jesús da a la Samaritana cuando le dice que había llegado la hora, y era aquella, en que había que adorar al Padre «en espíritu y en verdad» (Jn 4, 23 s). Es decir, como enseñaban los Padres, tanto interna como externamente desde la intimidad de la persona y movidos por la gracia del Espíritu Santo. El mismo Jesús así daba culto al Padre.

Por nuestra parte, se manifiesta de esta forma «un culto filial, que es don del Padre por medio de Jesucristo y por la obra interior del Espíritu Santo» [18]. Es decir: la fe-obediencia a Cristo y a su palabra, manifestada en el amor filial y obediente con el que el mismo Cristo glorifica al Padre.

El culto verdadero, por lo tanto, debe llevar consigo la transformación de la propia vida en ofrecimiento permanente al Padre por medio de Cristo Jesús y el don del Espíritu Santo. De esta forma Jesús ofrecía su adoración al Padre.

Las palabras ahora recordadas encuentran también su aplicación adecuada en cuanto con el culto mariano se relaciona. A ello se dirigen las orientadoras palabras de Pablo VI al tratar del culto a la Virgen en la Iglesia cuando afirma:

«para favorecer el desarrollo de aquella devoción a la Virgen que en la Iglesia ahonda sus motivaciones en la Palabra de Dios y se practica en el Espíritu de Cristo» [19].

Ya el Vaticano II había enseñado, como se ha dicho, que la Madre de

Cristo

«es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial» [20],

por lo que exhorta a sus hijos a fomentarlo generosamente (LG 67). Por ello el culto y la piedad mariana, subordinada a la piedad al Salvador y a ella intrínsecamente unida, rectamente vivida y testimoniada, tiene de suyo un verdadero valor apostólico, pues

«constituye una fuerza renovadora de la vida cristiana» [21].

Clases de culto

Por lo tanto, el culto mariano, como lo requiere su procedencia de la verdadera piedad y de la fe, y la vigilante enseñanza de la Iglesia lo precisa y determina, no puede confundirse o quedar limitado ni en un mero

«sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad» [22].

Sentimentalismo y vana credulidad que Pablo VI precisa y proscribire con palabras terminantes cuando afirma que en esas actitudes se

«sustituye el empeño serio con la fácil aplicación a prácticas externas solamente; el estéril y pasajero movimiento del sentimiento, tan ajeno al estilo del Evangelio que exige obras perseverantes y activas... No están en armonía con la fe católica y por consiguiente no deben subsistir en el culto católico» [23].

La «doctrina de fe» que la maternidad divina de María proclama, está presente en la devoción y en el culto a Nuestra Señora. Y se hace «vida de fe» en los creyentes en Cristo, cuando constituye en su existencia cristiana una auténtica «espiritualidad mariana», en la que la devoción y el culto a la Señora se hermanan e identifican. Y al fomentar con generosidad el culto a la santísima Virgen (LG 67), no solamente litúrgico, sino también el que se manifiesta en el aprecio y estima de las prácticas devocionales que la Iglesia recomienda y aprueba (LG 67), sigue desarrollándose y creciendo

«maravillosamente el culto del pueblo de Dios hacia María en veneración y en amor, en la invocación e imitación, de acuerdo con sus proféticas palabras: Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Poderoso ha hecho en mí maravillas (Lc 1, 48-49)» [24].

Y como el mismo Vaticano II enseña, todas esas formas de devoción y de culto que la Iglesia reconoce y aprueba, hacen que

«al ser honrada la Madre, el Hijo... sea mejor conocido, amado, glorificado, y que, a la vez, sean mejor cumplidos sus mandamientos» [25].

Por lo que no ha de temerse que el incremento de este culto, tanto litúrgico como privado, que a la Virgen se le tributa, pueda oscurecer o disminuir el culto de adoración que le es debido al Verbo Encarnado, así como al Padre y al Espíritu Santo, ya que María, es nuestra Madre en el orden de la gracia (LG 61).

Pablo VI, en la Introducción de la exhortación Signum magnum enseña, que hay

«un inseparable lazo existente entre la maternidad espiritual de María... y los deberes de los hombres redimidos hacia Ella, como Madre de la Iglesia».

De esta maternidad divina de la Virgen, por la que está unida estrechísimamente a su Hijo, y por la que tiene una función singular en el misterio del Verbo encarnado y en el de la Iglesia, su cuerpo místico (LG 54), es evidente que la Virgen,

«no tan sólo como Madre Santísima de Dios, que tomó parte en los misterios de Cristo, sino también como Madre de la Iglesia, justamente es honrada por la Iglesia con especial culto, singularmente litúrgico. Puesto que en el misterio de la Maternidad la proclama Madre de la Cabeza y de los miembros: Santa Madre de Dios y pródiga Madre de la Iglesia» [26].

El culto a la Virgen, santa María

Publicado: Domingo, 30 Marzo 2025 10:26

Escrito por Gaspar Calvo Moralejo

Tanto la maternidad divina de la Virgen como su maternidad espiritual sobre todos los que formamos la Iglesia, encuentra en el culto la expresión de un reconocimiento agradecido por su excelencia singular, proveniente de la plenitud de gracia con que el Todopoderoso la enriquece; ya que María,

«después de Cristo, ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros» [27].

Desde esta cercanía que la bendita Madre tiene con nosotros, sus hijos, se nos hace más fácil abrir el corazón a la gratitud y a la confianza con la Madre. De ahí que la veneración a la Virgen tenga que florecer con la espontaneidad del amor en el pecho de sus hijos, que quieren ser bien nacidos. Es signo de reconocimiento profundo por ser la Madre de Cristo y por el don de su maternidad espiritual sobre cada uno de nosotros, expresada en las palabras con las que Cristo Jesús en el Calvario nos la dio por Madre (Jn 19, 25-27): Ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu Madre...

Juan Pablo II comenta el pasaje evangélico y la enseñanza del magisterio del Concilio subrayando, a la vez, que

«María está presente en el misterio de la Iglesia como Madre que Cristo, en el misterio de la Redención, ha dado al hombre en la persona del apóstol Juan» [28].

Por lo que, había afirmado poco antes de esa maternidad,

«que se convierte en herencia del hombre» [29].

Es ésta la maternidad de María en el Espíritu. En ella acoge a todos sus hijos por la mediación de la Iglesia, de la que Ella es imagen perfecta, tipo, figura y a la vez, Madre verdadera (LG 47).

Cuando este amor agradecido a la Virgen, Nuestra Madre, se enfría o debilita en nuestro pecho, la veneración a la Señora se desvanece, el culto se trivializa y sus manifestaciones genuinas de piedad sincera desaparecen. Y al perderse esta realidad integradora de la vida verdaderamente cristiana, también ésta se debilita y muere.

Al ser el culto mariano reconocimiento de la excelencia de la persona de María, por la excelsa dignidad y grandeza de su divina maternidad, conduce con suavidad a quien lo vive a cantar sus alabanzas, invocar su intercesión y a pedir su amparo. La indigencia radical de cada uno de nosotros disminuye cuando nos llena el amor sincero que la cercanía de la Madre reencienda en el corazón de los hijos. Y ese amor se manifiesta a la vez en modulaciones expresivas de un mismo reconocimiento, en plegaria confiada y súplica apremiante a quien ha sido elevada sobre los coros de los ángeles y es la Reina de todos los santos. Y la alabanza que por ello se le tributa, se transforma en oración y súplica ferviente de filial confianza.

Todas las manifestaciones del culto verdadero a la Señora brotan de ese raudal de fe, esperanza y caridad que nos transforma en hijos de Dios, redimidos por Cristo en el Espíritu Santo, que hemos sido regalados con el don de la maternidad espiritual de María, que a todos nosotros se extiende. Y al ser el modelo de la Iglesia, el dechado de su perfección, sin mancha ni arruga (LG 65),

«encuentra en ella la más auténtica forma de la imitación de Cristo» [30].

Por la necesidad psicológica que el hombre experimenta de pautas para su conducta, de modelos y ejemplos asequibles para poder imitarlos, el culto y piedad filial a Nuestra Señora se expresan en los fieles como imitación constante y amorosa de las enseñanzas de vida evangélica que resplandecen en la que con razón es invocada con el nombre de «Evangelio viviente». Por eso el culto de imitación a la Virgen es el que en realidad mantiene en nosotros la conversión perseverante al Evangelio, al hacer realidad su palabra, siempre actual y valiosa, que nos invita a hacer cuanto Jesús nos diga (Jn 2, 5).

Culto de imitación

Cuando la Venerable Madre María de Jesús de Ágreda vence su resistencia y pasividad y se decide, por obediencia al Señor y a su Madre, a escribir la Vida de la Virgen, conocida como Mística Ciudad de Dios, afirma que es con la intención de que resplandezca en la vileza y pequeñez de su persona la benigna liberalidad y misericordia de la bendita Madre. que viene en su ayuda. Pues,

«con la virtud de la divina gracia despertáis de nuevo los corazones fieles y los lleváis a vos, fuente de piedad y de misericordia».

Y pidiéndole a la Virgen que sea Ella la que le hable y la que engrandezca al Señor por las obras maravillosas que en Ella ha realizado, de sus manos nos lleguen a nosotros sus devotos y siervos las gracias

«...para que los ángeles le bendigan, los justos le magnifiquen, los pecadores le busquen y para que tengan todos ejemplar de suma santidad y pureza» [31].

Y que la vida de la bendita Madre sea para la concepcionista agredana un vivo ejemplar y espejo sin mácula, en el que todos puedan mirarse para adornar su alma y ser así, le dice, hija vuestra y esposa de vuestro santísimo Hijo [32].

Las palabras agredanas transcritas evocan el texto del Vaticano II que afirma:

«la Iglesia ha alcanzado ya en la Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (Ef 5, 27) ... y resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos» [33].

Juan Pablo II dirá, a su vez, que María,

«Entre todos los creyentes es como un “espejo” donde se reflejan del modo más profundo y claro, “las maravillas del Señor”» [34].

También Pablo VI en su exhortación apostólica Signum magnum, al tratar de la cooperación de María al desarrollo de la vida divina de la gracia en las almas, afirma que la Virgen ejerce entre los hombres redimidos el influjo de su ejemplo. Y tiene de esa forma sobre ellos, un

«influjo, en verdad, muy importante, conforme a la conocida frase “Verba movent, exempla trahunt” ...porque así como las enseñanzas de los padres adquieren una eficacia mucho mayor cuando van convalidadas por el ejemplo de una vida conforme a las normas de prudencia humana y cristiana, así la dulzura y el encanto que emanan de las excelsas virtudes de la Inmaculada Madre de Dios atraen en forma irresistible a las almas hacia la imitación del divino modelo, Jesucristo, cuya más fiel imagen ha sido Ella misma» [35].

Fue la fiel imagen de su Hijo, porque también, como enseña el mismo Papa,

«fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo, lo cual tiene un valor universal y permanente» [36].

La santidad eminente de la bendita Madre, modelo perfecto de vida cristiana para todos los creyentes en Cristo y verdadera maestra de vida espiritual para cada uno de los cristianos [37], fue, ciertamente un don de la magnanimidad divina con el que enriqueció a María y a su Iglesia. Pero fue también,

«el fruto de la continua y generosa correspondencia de su libre voluntad a las internas mociones del Espíritu

Santo. Y en razón de la perfecta armonía entre la gracia divina y la actividad de su naturaleza humana es como la Virgen dio suma gloria a la Santísima Trinidad y se ha convertido en gloria insigne de la Iglesia» [38].

Cuantos rendimos culto de veneración amorosa a la Virgen y, reconociendo su excelencia, también la contemplamos como imagen y modelo de perfección, por la semejanza que con Cristo la identifica. María es con toda propiedad el verdadero «alter Christus» en sentir de la M. Ágreda; por lo que el amor filial que con ella nos une ha de mover también nuestra voluntad a imitarla, y a seguir su ejemplo. Para ello es necesario recordar con Juan Pablo II, que

«María, dedicada constantemente a su divino Hijo, se propone a todos los cristianos como modelo de fe vivida» [39].

Debe haber perfecta armonía entre la gracia que el Señor nos concede y nuestra voluntad humana de secundar sus designios. Y por la devoción que nos une a María, ejemplo y modelo de respuesta a la gracia, glorificar en nuestra vida a la Trinidad Toda Santa, a semejanza de Nuestra Señora. Ella,

«la mujer dócil a la voz del Espíritu, mujer del silencio y de la escucha, mujer de esperanza, que supo acoger como Abraham la voluntad de Dios; y esperando contra toda esperanza (Rm 4, 18), resplandece como modelo para quienes se fían con todo el corazón de las promesas de Dios» [40].

De esta enseñanza se deduce con claridad deslumbrante que cuantos

«lentos de admiración contemplamos a María firme en la fe, pronta en la obediencia, sencilla en la humildad, exultante en ensalzar al Señor, ardiente en la caridad, fuerte y constante en cumplir su misión hasta el holocausto de sí misma, en plena comunión de sentimientos con su Hijo, que sobre la cruz se inmolaba para dar a los hombres nueva vida» [41],

contemplamos gozosos su ejemplo para mejor imitarla. Así le tributamos nuestro

«culto de alabanza, de gratitud y de amor, porque conforme a la sabia y dulce disposición divina, su libre consentimiento y su generosa cooperación a los planes de Dios han tenido y tienen todavía una gran influencia en el cumplimiento de la humana salvación» [42].

Del culto mariano a la vida mariana

Toda esta reflexión doctrinal o teológica sobre el culto mariano encuentra su transformación en verdadera vida cristiana, y por eso mariana, cuando la veneración amorosa y filial a la Virgen se expresa como una realidad existencial en la vida de cada uno de nosotros. Y no es una efervescencia inconsistente que se desvanece con la misma facilidad con la que se origina. Sino la manifestación de una fe profunda y comprometida que da consistencia a nuestra realidad cristiana. Y avanzando con María «en la peregrinación de la fe» (LG 58) nuestra unión con Cristo se mantiene vigorosa.

La figura evangélica de María, con la sobriedad esquemática con que la presentan las páginas de los libros santos, y la profundidad del mensaje contenido en sus pocas palabras, que han llegado hasta nosotros y en los ejemplos de su vida asociada a su Hijo,

«puede ser tomada como espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo ...como mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo» [43].

Y de tal forma, que Juan Pablo II enseña que la fe de María, en un cierto sentido, ha pasado a formar parte de la

fe de la misma Iglesia, pues precede el testimonio apostólico de la Iglesia y permanece en el corazón de la Iglesia, escondida como un especial testimonio de la revelación de Dios [44]. Por eso Pablo VI había enseñado que María no defrauda ninguna de las esperanzas profundas del corazón de los hombres de nuestro tiempo. Y todavía más:

«les ofrece el modelo perfecto del discípulo del Señor, artífice de la ciudad terrena y temporal, pero peregrino diligente hacia la celeste y eterna» [45].

Estas dos realidades son inseparables; deben, por lo mismo, encontrarse siempre presentes en quien quiere ofrecer en su vida un verdadero culto de veneración e imitación, glorificación y alabanza a la Bienaventurada María.

Juan Pablo II, como la mejor disposición para celebrar el jubileo con el que la Iglesia inicia el tercer milenio de la Encarnación-Nacimiento de Cristo, con paternal insistencia nos invita a vivir en profundidad nuestra devoción mariana, viendo en la Virgen Nazarena

«el verdadero modelo de “fe vivida” (TMA 43), ejemplo perfecto de amor a Dios y al prójimo (TMA 54); la verdadera pobre de Yahwé, que resplandece como modelo para quienes se fían, con todo el corazón, de las promesas de Dios» [46].

La veneración a la Virgen es en sí misma una manifestación del culto que a ella se le debe; por lo que también se presenta como elemento cualificador del culto cristiano. Y cuando esa veneración se expresa como una forma de culto litúrgico, cuya culminación es la Eucaristía (SC 10), además de su excelencia y principalidad, es la mejor norma orientativa para el establecimiento de las diversas manifestaciones de la devoción mariana. La sobria objetividad de la liturgia es contraria a las exageraciones engañosas, presentes en las devociones indiscretas [47].

Como Pablo VI ha precisado certeramente, todas las formas devocionales marianas que la piedad popular utiliza tienen que expresar las características o notas concretas que en la misma liturgia resplandecen en el culto a Nuestra Señora (Mc 25-29). Son éstas:

— una dimensión o referencia trinitaria, que evidencia la afinidad singular de María con la Trinidad Santa como la «Hija predilecta del Padre»; como la Madre virginal del Hijo y el sagrario o la esposa del Espíritu Santo [48];

— una referencia directa a Cristo, el Hijo eterno del Padre, ya previsto como Verbo Humanado en el plan divino de la Encarnación, que le da a la vida de su Madre siempre Virgen un particular sentido cristológico, de forma que todo en María

«es referido a Cristo, todo depende de Él: en vistas a Él, Dios Padre la eligió desde toda la eternidad como Madre toda Santa y la adornó con dones del Espíritu Santo que no fueron concedidos a ningún otro» [49].

Y como Madre de Cristo, es también María

«la servidora diligente del misterio de la Redención con Cristo y bajo su intervención divina (LG 56); por lo que siempre será “un testigo singular del misterio de Cristo”» [50].

Y así como Dios estableció desde el primer momento

«con un único y mismo decreto el origen de María y la encarnación de la divina Sabiduría» [51],

el aspecto cristológico, la relación o referencia a Cristo que hay en María, tiene que estar también presente en la recta ordenación de todas las expresiones del culto mariano.

Una vinculación con el Espíritu Santo, cuya personal presencia santificadora en María desde su Concepción Inmaculada, la convierte y plasma una nueva creatura (LG 56); descendiendo sobre ella en la Anunciación, la cubre con su sombra (Lc 1, 35) y lo santo que en ella se engendra es por obra del Espíritu Santo (Mt 1, 18-20); y convertida en mansión estable del Espíritu de Dios (Mc 26), ha sido por eso llamada Sagrario del Espíritu Santo. Al descender de nuevo sobre Ella en Pentecostés y enriquecerla con nuevas gracias, cuando la Iglesia nace e inicia el camino de su peregrinación de fe, está

«María en medio de los apóstoles en el Cenáculo “implorando con sus ruegos el don del Espíritu”» [52].

Y la que es miembro e hija eminente de la Iglesia, es también su Madre y Maestra. La reflexión teológica sobre esta acción del Espíritu Santo en María de un modo particular evidenciará

«la misteriosa relación existente entre el Espíritu de Dios y la Virgen de Nazaret, así como su acción sobre la Iglesia» [53];

lo que ha de llevar a una piedad mariana más intensamente vivida y en la que la invocación al Espíritu Santo esté presente.

Ha de tener también un sentido plenamente eclesial, siguiendo las enseñanzas de la Iglesia y el ejemplo de María en el ejercicio del culto: acogiendo con fe la palabra de Dios, como «la Virgen oyente» (MC n. 17); glorificando al Señor con el cántico de alabanza indeficiente; abriendo el corazón a la súplica confiada y perseverando en la oración con los discípulos en su intercesión incesante sobre la Iglesia (MC 18); y a semejanza de la Virgen-Madre cooperando en la maternidad virginal de la Iglesia por la santificación propia y la regeneración de las almas (MC n. 19). Y como la «Virgen oferente», hacer de la propia existencia una oblación al Señor, en unión con la misma Iglesia en caridad ardiente e inquebrantable y en unión con María (MC 20).

La presencia de estas características indicadas en el culto a Nuestra Señora, en palabras de Pablo VI, «contribuirá indudablemente a hacer más sólida la piedad hacia la Madre de Jesús y a que esa misma piedad sea un instrumento eficaz para llegar al pleno conocimiento del Hijo de Dios, hasta alcanzar la medida de la plenitud de Cristo (Ef 4, 13)» [54].

Además de estas notas peculiares, no pueden olvidarse las orientaciones bíblica, ecuménica y antropológica que ayudan a la piedad y devoción mariana a

«hacer más vivo y más sentido el lazo que nos une a la Madre de Cristo y Madre nuestra en la Comunión de los Santos» [55].

María, modelo del culto

La exhortación *Marialis cultus*, tantas veces recordada, en cuanto al culto se refiere presenta también a la Virgen como el modelo que debe imitarse. Y al titular la sección segunda de la primera parte: «La Virgen modelo de la Iglesia en el ejercicio del culto», presenta la figura de María como ejemplo de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra y vive los divinos misterios. Y propone:

«La ejemplaridad de la santísima Virgen en este campo dimana del hecho que ella es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo (LG 63), esto es, de aquella disposición interior con que la Iglesia, Esposa amadísima, estrechamente asociada a su Señor, lo invoca y por su medio rinde culto al Padre Eterno» [56].

La atenta escucha de la palabra de Dios, que la liturgia proclama, siguiendo el ejemplo de María, «la Virgen oyente» (MC 17), es signo de veneración a Dios Padre que en ella nos habla y testimonio de fe, que sabe acoger

su mensaje de vida como luz que señala el camino de fe de nuestra peregrinación terrena. Por lo que esa fe de María, basada en el testimonio apostólico, se convierte sin cesar, en cierto modo, en la fe del pueblo de Dios en camino (RM 28).

Como «Virgen orante» (MC 18) María se presenta en la Iglesia como la mujer de fe que sabe estar pronta a levantar su corazón al Señor para glorificarlo, agradecer su misericordia y proclamarla a todos los pueblos (Lc 1, 46.55).

Y pronta para manifestar la solicitud por los hombres e ir a su encuentro intercediendo confiada por ellos ante su Hijo (RM 21). La Visitación de María a su prima Isabel, que lleva la gracia al pequeño Juan que salta alborozado en el seno materno (Lc 1, 39-42); la delicada súplica que en Caná presenta a su Hijo en favor de los nuevos esposos y obtiene de Jesús el primer milagro, signo por el que sus discípulos creen en Él (Jn 2, 1-12); su presencia orante en la Iglesia naciente del Cenáculo (Hch 1, 14) y en la de todos los tiempos, son otros tantos testimonios de que María

«sin cesar alaba al Señor e intercede por la salvación de todo el mundo (SC 83)».

Virgen Madre, prerrogativa por la que está unida indisolublemente al misterio de su Hijo y con la Iglesia (RM 27), de la que es tipo en forma eminente y singular. Creyendo y obedeciendo la precede como su modelo tanto de virgen como de madre; y engendrando a Cristo, primogénito de muchos hermanos (Rm 8, 29),

«a cuya generación y educación coopera con amor materno» [57].

La vida cristiana, que por el sacramento del bautismo recibe el que se incorpora a la Iglesia, tiene como un germen particular, en expresión de la Venerable M. Sorazu, que se desarrolla en la que llama vida mariana. Es ésta una tarea que le incumbe a todo cristiano. Se realiza por el culto y la devoción a la Virgen; y se manifiesta en inspirarse para todo en la Virgen y hacerlo todo en unión suya [58]. Una buena norma de conducta para quien, de verdad, quiere vivir la verdadera devoción a la Virgen.

Para Juan Pablo II la relación filial que se establece entre María y nosotros cuando Jesús desde la Cruz le dice: ahí tienes a tu hijo (Jn 19, 26) tiene que manifestarse como la dimensión mariana de la vida de los discípulos de Cristo [59]. Se han recordado anteriormente las palabras de Pablo VI en las que enseña que la piedad y culto a la Virgen es un elemento constitutivo del culto cristiano. Y la vida cristiana tiene que manifestarse en el culto incesante al Padre, glorificando a la Trinidad Santa. Pues

«el culto cristiano es actualización e imitación constante de la consagración de Jesús al Padre en el Espíritu eterno, es decir, la glorificación del Padre y la santificación en la verdad de los hombres hechos sus hijos» [60].

Y como la veneración a la Madre de Dios está siempre presente en el culto cristiano, el incremento de su devoción y culto será de indudable provecho para la Iglesia y para la misma sociedad humana, afirmaba Pablo VI [61].

Conclusión

Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II y el magisterio de los romanos pontífices, Pablo VI y Juan Pablo II, he ido recordando las características principales que deben sobresalir en el verdadero culto cristiano a la bendita Madre de Dios, María.

Siempre es provechoso, tanto para los pastores como para los fieles, actualizar las enseñanzas que la Iglesia nos ofrece, tratando de fomentar nuestra piedad filial y devoción a la que es verdaderamente Nuestra Madre.

El culto a la Virgen, santa María

Publicado: Domingo, 30 Marzo 2025 10:26
Escrito por Gaspar Calvo Moralejo

Con la gracia de la Maternidad divina ella recibe también para nosotros esa prolongación en la maternidad sobre la Iglesia, por la que es constituida Madre de todos los creyentes en Cristo. Y en el don de la Redención está presente la Madre. A ella la gratitud de nuestra devoción y el testimonio de nuestro culto.

Para nosotros es necesario vivir en la cercanía de la Virgen.

«Ningún otro sabrá introducirnos como María en la dimensión divina y humana de este misterio —de la Redención—. Nadie como María ha sido introducido en él por Dios mismo. En esto consiste el carácter excepcional de la gracia de la maternidad divina» [62].

Gaspar Calvo Moralejo revistas.unav.edu/

Notas:

1. Constitución dogmática Lumen gentium, n. 66 (se citará LG). Sobre el tema puede verse: L. GAMBERO, Culto, en «Nuevo Diccionario de Mariología», Ed. Paulinas, Madrid 1988, pp. 534-554, donde hay una bibliografía suficiente; A. RIVERA, El culto mariano en la Constitución Dogmática (nns. 66 y 67), en «Estudios Marianos» 30 (1968) 289-314.
2. JUAN PABLO II, Redemptoris Mater, n. 48m (se citará RM); sobre la encíclica pueden verse los comentarios de «Estudios Marianos» 54 (1989) 308 págs.; y PONTIFICIA ACCADEMIA MARIANA INTERNATIONALIS, «Redemptoris Mater», Atti del Convegno di Studio con patrocinio del Comitato Centrale per l'Anno Mariano, PAMI, Roma 1988, 288 págs.
3. PABLO VI, Marialis cultus, n. 56 (se citará MC); un comentario a la misma en «Estudios marianos» 48 (1978) 350 págs.
4. J. RATZINGER, María, Chiesa nascente, Ed. San Paolo, 1989, 26.
5. CONCILIO VATICANO II, Constitución Sacrosanctum Concilium, n. 7 (se citará SC).
6. LG, n. 66.
7. MC, n. 56.
8. M. M.^a J. DE ÁGREDA, Mística Ciudad de Dios. Vida de María, Introducción, notas y edición por C. Solaguren, Madrid 1992, n. 41, p. 34; véanse también los nn. 35-52, pp. 32-37; G. CALVO, La «mariología» base de la visión teológica de María de Jesús de Agreda, «Marianum» 59 (1997) 545-570.
9. MC, Introducción.
10. SC, n. 5.
11. J. LÓPEZ, «In Spirito et Verità». Introduzione alla Liturgia, Ed. Paoline 1989, p. 57; el texto editado en español: En el Espíritu y la verdad, Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca 1987.
12. CONCILIO VATICANO II, Sacrosanctum Concilium, n. 103.

El culto a la Virgen, santa María

Publicado: Domingo, 30 Marzo 2025 10:26

Escrito por Gaspar Calvo Moralejo

- [13](#). LG, n. 66. Puede verse un documentado estudio sobre la historia del texto conciliar y sus fuentes, seguido de una exégesis teológica del mismo en A. RIVERA, CMF, El culto mariano en la Constitución Dogmática (nn. 66-67), en «Estudios Marianos» 30 (1968) 291-314.
- [14](#). PABLO VI, MC, Intr.
- [15](#). PABLO VI, MC, n. 56.
- [16](#). PABLO VI, MC, n. 56.
- [17](#). LG, n. 66.
- [18](#). J. LÓPEZ, In Spirito e Verità, p. 45; para una mejor comprensión del texto citado de Juan véase en esta misma obra las pp. 40-45.
- [19](#). PABLO VI, MC, Intro. final.
- [20](#). LG, n. 65.
- [21](#). PABLO VI, MC, n. 57.
- [22](#). LG, n. 67.
- [23](#). PABLO VI, MC, 36. 24. LG, n. 66.
- [25](#). LG, n. 66.
- [26](#). PABLO VI, Signum magnum, Introd. (se citará SM).
- [27](#). LG, n. 54.
- [28](#). JUAN PABLO II, Redemptoris Mater, n. 47, se citará RM.
- [29](#). JUAN PABLO II, RM, n. 45.
- [30](#). PABLO VI, Discurso de Clausura de la tercera sesión del Vaticano II.
- [31](#). M. M.^a J. DE ÁGREDA, Mística Ciudad de Dios. Vida de María, Introducción, Notas y Edición de C. Solaguren, Madrid 1992, n. 13, p. 13; sobre el culto de imitación a María en la M. Ágreda remito a Andrés MOLINA PRIETO, El culto mariano de imitación en la «Mística Ciudad de Dios» de la Venerable Sor María de Jesús de Agreda, en «Estudios Marianos» 49 (1984) 221-250.

El culto a la Virgen, santa María

Publicado: Domingo, 30 Marzo 2025 10:26

Escrito por Gaspar Calvo Moralejo

[32](#). Mística Ciudad de Dios, n. 13, p. 13.

[33](#). LG, n. 65.

[34](#). RM, n. 25.

[35](#). SM, n. 1.

[36](#). MC, n. 35.

[37](#). MC, n. 21.

[38](#). SM, n. 1.

[39](#). JUAN PABLO II, Tertio millennio adveniente, n. 43 (se citará TMA).

[40](#). JUAN PABLO II, TMA, n. 48.

[41](#). SM, n. 1.

[42](#). SM, n. 1.

[43](#). MC, n. 37.

[44](#). JUAN PABLO II, RM, n. 27.

[45](#). MC, n. 37.

[46](#). TMA, n. 48.

[47](#). W. BEINERT, Il culto di María oggi, en Teología. Liturgia. Pastoral, Ed. Paolina 1987, pp. 49-53.

[48](#). LG, n. 53; MC, 25. Este aspecto trinitario se encuentra presente en la antiquísima praxis litúrgica de la Iglesia, que se dirigía al Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo; LÓPEZ, In Spirito e Verità, p. 334.

[49](#). MC, n. 25; sobre esta característica, véase LÓPEZ, In Spirito et verità, pp. 334 s.

[50](#). JUAN PABLO II, RM, n. 26.

El culto a la Virgen, santa María

Publicado: Domingo, 30 Marzo 2025 10:26

Escrito por Gaspar Calvo Moralejo

[51](#). MC, n. 25.

[52](#). MC, n. 26.

[53](#). MC, n. 27.

[54](#). MC, n. 25.

[55](#). MC, n. 29.

[56](#). MC, n. 16.

[57](#). LG, 63.

[58](#). Sobre el tema remito: A. SORAZU, Autobiografía Espiritual, edición del P. Fray Luis Villasante, Ed. FUE, Madrid 1990, n. 55, p. 123; G. CALVO, Consagración religiosa y consagración mariana, en «Estudios Marianos» 51 (1986) 156 ss; G. CALVO, La Encarnación del Verbo y María en la Venerable M. Sorazu, en «Estudios Marianos» 64 (1998) 583 s.

[59](#). JUAN PABLO II, RM, n. 44.

[60](#). LÓPEZ, In Spirito e Verità, p. 45.

[61](#). MC, n. 58.

[62](#). JUAN PABLO II, Redemptor hominis, n. 22.